

“A MENUDO SE RENIEGA DE *los maestros supremos*; se rebela uno contra ellos; se enumeran sus defectos; se los acusa de ser aburridos, de una obra demasiado extensa, de extravagancia, de mal gusto, al tiempo que se los saquea, engalanándose con plumas ajenas; pero en vano nos debatimos bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores; por doquier encontramos sus huellas; inventan palabras y nombres que van a enriquecer el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbiales, sus personajes ficticios se truecan en personajes reales, que tienen herederos y linaje. Abren horizontes de donde brotan haces de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; proporcionan motivos de inspiración, temas, estilos a todas las artes: sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano” (François de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, libro XII, capítulo I, 1822).

Los *maestros supremos* son los escasos escritores –*genios nutricios*, dicen algunos– que satisfacen cabalmente las necesidades del pensamiento de un pueblo, aquellos que han alumbrado y amantado a todos los que les han sucedido. **Homero** es uno de ellos, el genio fecundador de la Antigüedad, del cual descienden Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio. **Dante** engendró la escritura de la Italia moderna, desde Petrarca hasta Tasso. **Rabelais** creó la dinastía gloriosa de las letras francesas, aquella de donde descienden Montaigne, La Fontaine y Molière. Las letras inglesas derivan por entero de **Shakespeare**, y de él bebieron Byron y Walter Scott. Y las letras castellanas siempre saben remitirse a **Miguel de Cervantes**. La originalidad de estos *maestros supremos* hace que en todos los tiempos se los reconozca como ejemplos de las bellas letras y como fuente de inspiración de cada nueva generación de escritores. Esta sección de la *Revista de Santander* solamente

estará abierta para ellos, para permitirles que continúen inspirando la voluntad de perfeccionamiento constante de los nuevos escritores colombianos.

Esta quinta entrega acoge, con ocasión del Bicentenario de la Independencia, un fragmento de **Julia** (*La nueva Eloísa*). Se trata de una precoz novela romántica que Rousseau escribió en el *Ermitage* del castillo de la Chevrette, al norte de París, como invitado de madame d'Épinay, publicada por primera vez en el año 1761. Como en el caso de su antecesora medieval, *Eloísa y Abelardo*, la intriga gira alrededor del amor imposible de Julia d'Étange y su preceptor pobre. El ideal de Julia, la mujer naturalista y amante de su jardín, fue empleado por Bolívar como táctica de seducción con Bernardina Ibáñez y con Manuelita Sáenz. En una carta personal escribió el Libertador: “A Bernardina le mandaré un poco de tierra de la sepultura de *Eloísa*, a mi señora Nicolasa algunos limones del lago de Como en Milán”. Y en una carta fechada en Bucaramanga el 3 de abril de 1828

Jean-Jacques Rousseau, en un grabado de la época, señala el manuscrito de su obra *El adivino del pueblo*. Abajo en el piso una hoja del *Contrato social*.



le dijo a Manuelita: “A todas [sus cartas] voy a contestar con unas palabras más elocuentes que tu *Eloísa*, tu modelo”. En sus *Memorias de Simón Bolívar* (1829), Henri L. V. Ducoudray-Holstein relató que estando en Los Cayos de Haití con Bolívar había entrado sin anunciarse en su habitación, encontrándolo en su hamaca leyendo. Curioso, tomó el libro para saber que estaba leyendo y vio que era *La nueva Eloísa* de J. J. Rousseau. Aquí se ha escogido la bella traducción del original francés realizada por Pilar Ruiz Ortega.

CARTA XXII, DE JULIA

Por fin di el primer paso y ya hemos hablado de usted. A pesar del poco aprecio que usted muestra por mis conocimientos, mi padre se quedó gratamente impresionado; y no menos admiró mis progresos en música y en dibujo¹, y con gran sorpresa también por parte de mi madre, ya que tenía cierta prevención, a causa de las calumnias que usted le escribió; así es que, a excepción de la heráldica, que le pareció un poco abandonada, se mostró muy contento

1) Así es, me parece, un sabio de veinte años que sabe infinidad de cosas. Es cierto que Julia le felicita a los treinta por no seguir siéndolo. [Nota de Rousseau]

de todos mis saberes. Pero como los saberes no se adquieren sin maestro, tuve que mencionar al mío; y lo hice con una pomposa enumeración de todas las ciencias que me ha enseñado, excepto una. Se acordó de haberle visto a usted en sus anteriores viajes, y no me pareció que conservara una impresión desfavorable.

Enseguida, se informó sobre su fortuna, le dijimos que era mediocre; sobre su nacimiento, le dijimos que era honrado. Esa palabra, *honrado*, es bastante equívoca para el oído de un gentilhombre, por lo que levantó sospechas, que una vez esclarecidas, le vinieron a dar la razón. Desde que supo que usted no era noble, preguntó cuánto se

le pagaba al mes. Mi madre, tomando la palabra, dijo que un tal arreglo ni siquiera se le podía proponer; y que incluso usted había rechazado constantemente los más mínimos presentes en cosas que normalmente no se rechazan; pero este orgullo no ha hecho sino excitar el de mi padre, quien no puede soportar la idea de ser deudor de un plebeyo. Así es que decidieron ofrecerle un pago, y que si usted lo rechaza, a pesar de toda su valía, que nadie discute, se le agradecerían los servicios prestados.

Esto es, amigo mío, el resumen de la conversación que tuvimos sobre mi muy honorable maestro, durante la cual su humilde discípula no estaba muy tranquila. He creído mejor apresurarme a contárselo para que así tenga tiempo de pensarlo. Tan pronto como haya tomado una resolución, no deje de comunicármela; todo este asunto es de su competencia, y mis derechos no llegan hasta ahí.

Me entero, con tristeza, de sus caminatas por las montañas; no porque no encuentre allí, en mi opinión, una agradable diversión, y que la relación de lo que usted ha visto no me parezca muy agradable: pero temo que estas caminatas le fatiguen más de lo que está en condiciones de soportar. Por otra parte, el otoño está muy avanzado; de un día al otro todo se cubrirá de nieve, y preveo que incluso sufrirá más a causa del frío que de la fatiga. Si cayera enfermo en aquella región, no me consolaría nunca. Vuelva pues, mi buen amigo, un poco más cerca de nosotros. Todavía no es hora de que vuelva a Vevai; pero quiero que viva en una zona menos abrupta, y que estemos más al alcance para enviarnos noticias con mayor facilidad. Le dejo la elección del lugar exacto. Trate solamente de que aquí no se sepa donde está, y sea discreto sin por ello ser misterioso. No le digo nada sobre este particular, me fío en el interés que tiene en ser prudente, y sobre todo en el que tengo yo.

Adiós, amigo mío, no puedo entretenerme más tiempo con usted. Ya sabe qué





precauciones tengo que tomar para escribirle. Y eso no es todo: mi padre ha traído a un respetable forastero, un antiguo amigo que en otro tiempo le salvó la vida en la guerra. Así que tenemos que esforzarnos en recibirle bien. Se va mañana, y nos estamos esmerando, en el día que nos queda, en procurarle todos los entretenimientos que muestren nuestro celo a un tal benefactor. Me llaman; tengo que acabar. Adiós de nuevo.

CARTA XXIII, A JULIA

Apenas he tardado ocho días en recorrer una región que exigiría años de observación; pero además de que la nieve está próxima, quise volver antes que el correo que me traerá, según confío, una de sus cartas. Esperando a que llegue, empiezo a escribirle ésta, después de la cual escribiré, si es preciso, una segunda para responder a la suya.

No le contaré aquí con detalle el viaje y mis observaciones; he hecho una relación que pienso llevarle. Hay que reservar nuestra correspondencia para las cosas que nos tocan más de cerca. Me contentaré con hablarle del estado de mi corazón, es justo que le rinda cuenta de cómo uso su preciado don.

Partí entristecido por mis penas y contento por su alegría; lo que me mantenía en un cierto estado de languidez, que no deja de tener su encanto para un corazón sensible. Subía lenta y penosamente a pie por senderos bastante rudos, conducido por un hombre que había tomado como guía y en quien vi, durante todo el camino, más a un amigo que a un mercenario. Quería dedicarme a mis ensoñaciones, pero siempre me distraía algún espectáculo inesperado. Aquí y allá inmensas rocas colgando sobre mí como si fueran ruinas. O bien, de pronto, altas y ruidosas cascadas que me inundaban con su espesa niebla. Por allí un torrente perpetuo, cuya profundidad mis ojos no osaban sondear. A veces me perdía en la oscuridad de un espeso bosque. Otras, al salir de una sima,

una agradable pradera alegraba de repente mi vista. La asombrosa mezcla de naturaleza salvaje y naturaleza cultivada mostraba por todas partes la mano del hombre allí donde uno hubiera creído que nunca penetró: al lado de una caverna, había casas; pámpanos secos donde no se hubiera esperado más que abrojos, viñedos en tierras semidesprendidas, excelentes frutos entre peñascos, y campos cultivados entre los precipicios.

Y no es sólo el trabajo del hombre la razón de los asombrosos contrastes de estas extrañas tierras: la naturaleza parece regocijarse cuando consigue oponerse a sí misma, ¡tan diferente es en los mismos lugares según dónde y cuándo se la mire! Al amanecer, las flores de la primavera; a mediodía, los frutos del otoño; al norte, los hielos del invierno: reúne todas las estaciones en el mismo instante, todos los climas en el mismo lugar, terrenos contrarios en el mismo suelo, formando una consonancia desconocida en cualquier otro sitio, entre los cultivos de las llanuras y los de los Alpes. Añada a todo esto la ilusión óptica; los picos de los montes diferentemente iluminados, el claroscuro del sol y de las sombras, y todos los contrastes de luz que se producen de la mañana a la noche: tendrá, así, las continuas escenas que no dejaron de atraer mi atención, y que se me ofrecían como si se tratara de un verdadero teatro; ya que la perspectiva vertical de los montes se nos presenta de golpe ante la vista y con más fuerza que el paisaje de la llanura que se ve en perspectiva oblicua, en lontananza, según vemos que va apareciendo sucesivamente cada elemento del paisaje.

Durante la primera jornada atribuí la calma que sentía renacer en mí al encanto de este variado paisaje. Admiraba el dominio que tienen sobre nuestras más fuertes pasiones los entes más insensibles de la naturaleza y despreciaba la idea de no poder actuar yo más sobre mi voluntad de lo que actuaba en mí la sucesión de objetos inanimados. Pero como ese estado de paz se mantuviera toda la noche, e incluso aumentase la calma al día

siguiente, no tardé en juzgar que había alguna otra causa que me era desconocida. Aquel día llegué a unas montañas menos elevadas recorriendo después sus desiguales superficies, y más tarde, otras más altas que estaban a mi alcance. Después de haberme paseado entre las nubes, llegué a un lugar más sereno desde donde las veía por debajo de mí y vi cómo se formaban el trueno y la tormenta; imagen demasiado vana para el alma de un sabio, cuyo ejemplo de lo que a mí me ocurría no existió nunca, o no existe más que en los mismos lugares en los que se ha inventado el emblema: la idea del sabio en las nubes.

Fue allí donde desentrañé la verdadera causa de mi cambio de humor y la vuelta a esa paz interior que había perdido desde hacía largo tiempo: era la pureza del aire de las montañas. En efecto, es una impresión general que experimentan todos los hombres, aunque no todos se den cuenta, que sobre las altas montañas, donde el aire es más puro y sutil, se nota una mayor facilidad para la respiración, el cuerpo más ligero y el espíritu más sereno; los deseos son menos ardientes y las pasiones más moderadas. La meditación toma, allí, un no sé qué carácter grande y sublime, en proporción a los objetos que nos rodean, no sé qué voluptuosidad tranquila que no tiene fiada de acre ni de sensual. Parece como si al elevarnos por encima de la estadía del hombre, dejamos allá abajo todos los sentimientos rastreros y terrenales, y que a medida que nos acercamos a las zonas más etéreas, el alma contrae algo de su inalterable pureza. Se está allí, grave sin melancolía, apacible sin indolencia, contento de ser y de pensar: todos los deseos demasiado vivos se mitigan, pierden la agudeza que los hace dolorosos; no dejan en el fondo del corazón más que una emoción ligera y dulce; y es así como un feliz clima sirve para que los hombres se sientan felices, aun con las mismas pasiones que en otro lugar son su tormento. Dudo de que ninguna agitación violenta, ninguna enfermedad del alma pueda sobrevivir viviendo aquí un tiempo más prolongado, y

me sorprende que los baños de aire saludable y bienhechor de la montaña no sean uno de los grandes remedios de la medicina y de la moral.

*Qui non palazzi, non teatro o loggia;
Ma'n lor vece un'abete, un faggio,
un pino,
Trà l'erba verde e'l bel monte vicino
Levan di terra al ciel nostr' intelletto².*

Suponga las sucesivas impresiones recibidas de lo que acabo de describirle, y se hará una idea de la deliciosa situación en la que podía encontrarme. Imagine la variedad, la grandeza, la belleza de los mil asombrosos espectáculos; el placer de ver a mi alrededor objetos nuevos, pájaros extraños, plantas raras y desconocidas; el placer de observar, de alguna manera, otra naturaleza y de encontrarse en un nuevo mundo. Todo esto proporciona a la vista una mezcla indescriptible, cuyo encanto aumenta aún más por la sutileza del aire, que hace los colores más vivos, los rasgos más marcados, reúne todos los puntos de vista; las distancias parecen menores que en la llanura, en donde el aire, más espeso, envuelve a la tierra en un velo y el horizonte en lontananza ofrece a la vista más objetos de los que puede retener; en la llanura el paisaje se difumina. En fin, aquí el espectáculo tiene un no sé qué de mágico, de sobrenatural que cautiva el alma y los sentidos; uno se olvida de todo, se olvida de sí mismo, no sabe ya dónde está.

Hubiera pasado todo el viaje con el único placer del paisaje, si no hubiese experimentado uno mayor aún, en el trato con los habitantes. Encontrará en mi descripción una ligera pincelada de sus costumbres, de

2 “En lugar de palacios, pabellones, teatros; son las encinas, los abetos, las hayas los que se elevan desde la verde hierba a la cumbre de los montes, y parecen elevar también hacia el cielo, al tiempo que elevan sus cabezas, los ojos y alma de los mortales.”

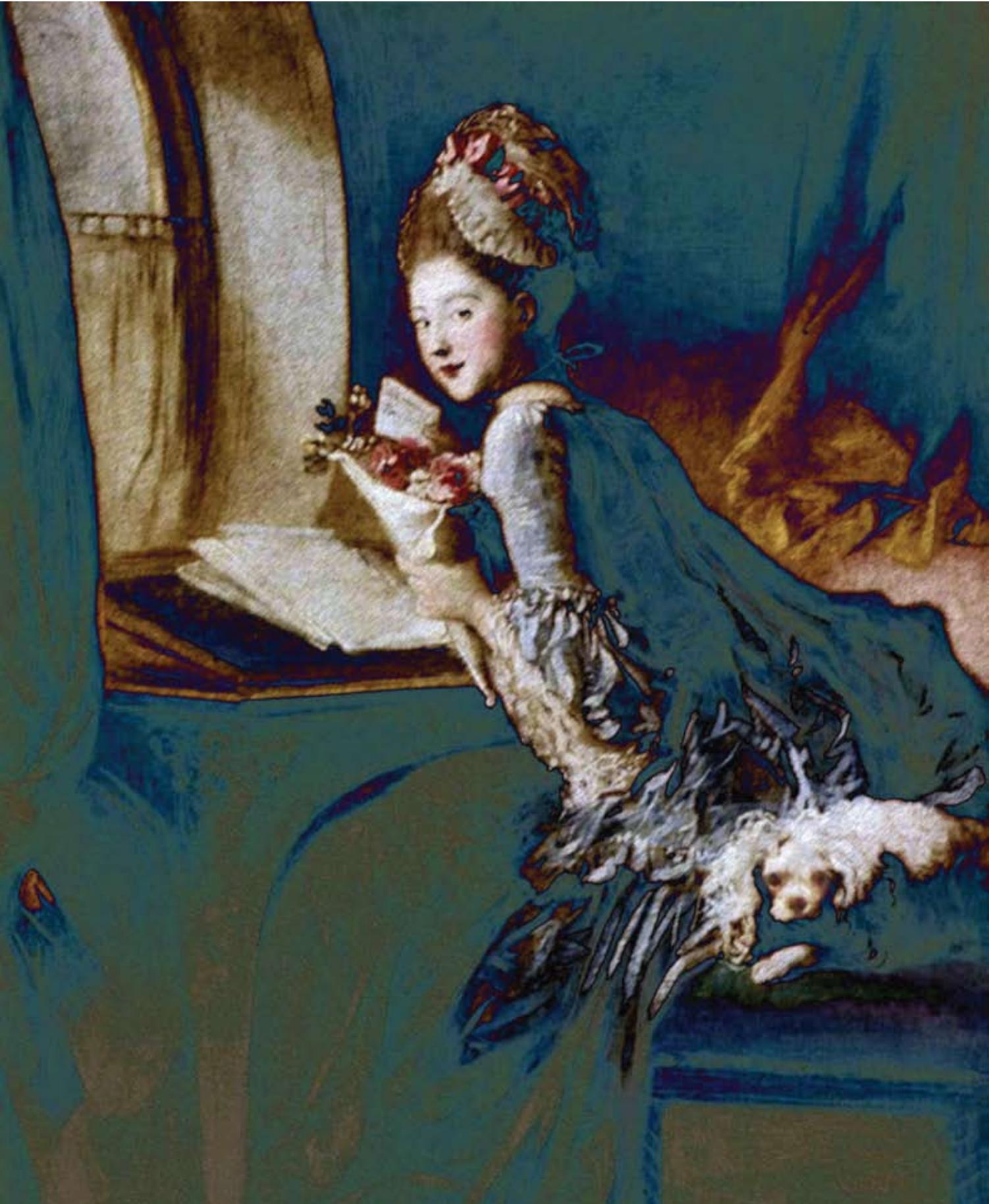
su sencillez, de su equidad de espíritu y de la apacible tranquilidad que les hace felices, más por la ausencia de penas que por el sabor de los placeres. Pero no le puedo describir, y usted apenas lo podría imaginar, la humanidad desinteresada que de ellos se desprende, su celo hospitalario con los extranjeros que por azar o por curiosidad llegan allí para conocerlos. Tengo en mi caso una prueba sorprendente, yo que soy un perfecto desconocido y que caminaba conducido por un guía. Cuando llegué por la noche a la aldea, todo el mundo quería ofrecerme su casa, de tal manera que no sabía a quien atender; y el que consiguió mi preferencia parecía tan contento que, la primera vez, tomé su solicitud por avaricia. Pero al día siguiente, después de haber disfrutado en casa de mi anfitrión, casi como en un hotel, rehusó mi dinero ofendiéndose incluso por mi oferta. Y en todas partes me pasó lo mismo. Así es que era amor a la hospitalidad, en otros lugares bastante tibia, y no el afán de lucro, lo que les movía a recibirme: su desinterés es tan completo que, durante el viaje, no he podido gastarme ni un solo patacón.

En efecto, ¿en qué gastar el dinero en un país en el que los amos no reciben el precio de sus gastos, ni los criados el de su trabajo, y no se ve ni a un solo mendigo? Sin embargo, el dinero es escaso en el Alto-Valais; mas por ello los habitantes viven a gusto; además, los alimentos son abundantes, sin ninguna exportación al exterior, sin consumo de lujo en el interior, y sin que el cultivador de la montaña sea menos laborioso, ya que considera el trabajo, incluso, como un placer. Si alguna vez tienen dinero, serán infinitamente más pobres; y esto lo saben muy bien, puesto que en el país hay minas de oro cuya explotación no está permitida.

Al principio, me sorprendió mucho esta oposición de costumbres con las del Bajo-Valais, o con las de la tierra del camino de Italia, donde los pasajeros pagan un fuerte peaje, y me costaba trabajo conciliar en un mismo pueblo maneras de vivir tan

diferentes. Un valaisano me explicó la razón: “En el valle, me dijo, los extranjeros que pasan son mercaderes u otras gentes que se ocupan de sus negocios y de sus ganancias; es justo que nos dejen, a su paso, parte de ellas, y los tratamos como ellos tratan a los demás. Pero aquí, en donde ningún negocio atrae a los extraños, estamos seguros de que su viaje es desinteresado; el recibimiento que se les hace también lo es. Son nuestros huéspedes los que vienen a visitarnos porque nos aprecian, y nosotros les recibimos con amistad. Por otra parte, añadió sonriendo, esta hospitalidad no nos es gravosa, y pocos aquí se preocupan del provecho que pudiera proporcionarles”. “¡Ah!, le creo –respondí–, ¿qué otra cosa podría hacer un pueblo que vive para vivir y no para ganar dinero o para destacar en sociedad? Hombres felices y muy dignos de serlo, me gusta creer que hay que parecerse a vosotros para disfrutar con vuestra compañía.”

Lo que me parecía más agradable en su hospitalidad era no encontrar el menor vestigio de incomodidad, ni por su parte, ni por la mía. Continuaban viviendo en su casa como si yo no estuviera, así es que yo tenía que actuar, también, como si estuviera solo. No conocen la incómoda vanidad de hacer los honores al forastero como para advertirle constantemente de la presencia del dueño del que dependen, al menos en ese momento. Si yo no decía nada, suponían que quería vivir como ellos, pero no tenía más que decir una palabra, para vivir a mi aire, sin experimentar por eso nunca, de su parte, ni extrañeza ni repugnancia. El único cumplido que me hicieron, cuando les dije que era suizo, fue decir que éramos hermanos, y que me sentiese entre ellos como en mi propia casa. Después se desinteresaban totalmente de lo que hacía, y ni imaginaban siquiera que pudiera haber la menor duda de la sinceridad de su ofrecimiento, pero tampoco el menor escrúpulo en usar de las cosas antes que yo. Entre ellos actúan con la misma sencillez; los niños que tienen uso de razón son tratados en



igualdad con sus padres; los criados se sientan a la mesa con sus amos; la misma libertad que reina en las casas, reina en la república, y la familia es la imagen del Estado.

La única cosa sobre la que no gozaba de tanta libertad era en la excesiva duración de las comidas. Era muy dueño de no sentarme a la mesa; pero, una vez sentado, había que permanecer allí gran parte del día y beber como ellos. ¿Cómo imaginar que a un hombre, y sobre todo si es suizo, no le guste beber? En efecto, confieso que el buen vino me parece algo excelente, y que no me disgusta chispearme un poco, con tal de que no me obliguen. Siempre he notado que la gente falsa es sobria, y que el excesivo comedimiento en la mesa anuncia, muchas veces, costumbres fingidas y almas con doblez de espíritu. Un hombre franco no siente miedo al parloteo afectuoso y a las tiernas confidencias que preceden a la embriaguez; pero hay que saber controlarse y prevenir el exceso. Y eso era lo que me resultaba apenas posible con bebedores tan decididos como los valaisanos, con vinos tan fuertes como los de esta tierra y en mesas en donde nunca se veía el agua. ¿Cómo decidirse a hacerse tan tontamente el sabio y a molestar a esta buena gente? Así pues, me emborrachaba como agradecimiento, y no pudiendo pagar mi parte con mi bolsa, pagaba con mi razón, perdiéndola con ellos.

Otra costumbre que no me molestaba menos era ver, incluso en casas de magistrados, a la mujer y a las hijas detrás de mi silla sirviendo a la mesa como criadas. La galantería francesa se habría atormentado reparando esta incongruencia, tanto más cuanto que por el magnífico aspecto de las valaisanas, incluso el de las criadas, resulta embarazoso verlas servir. Puede creerme, son bonitas, y hasta a mí me lo parecen a pesar de que tengo mis ojos acostumbrados a verla a usted, y que por ello encuentro dificultad en hallar una mayor belleza. Pero yo, que respeto con mayor gusto las costumbres de los pueblos con los que vivo que las reglas de

la galantería, aceptaba este servicio en silencio, con tanta gravedad como Don Quijote en casa de la duquesa. Comparaba a veces, sonriendo, las largas barbas y el aspecto rudo de los comensales con la tez resplandeciente de estas jóvenes y tímidas bellezas, que se sonrojaban a la menor insinuación, lo que les hacía aún más agradables. Me sorprendía un poco la enorme amplitud de sus senos, los cuales, sólo en su deslumbrante blancura aventajaban al modelo con el que yo me atrevo a compararlos; modelo único, aunque velado, cuyos contornos, furtivamente observados, me describen aquellos de esa famosa copa cuyo molde se hizo sobre los pechos más bellos del mundo.

No se sorprenda en encontrarme tan entendido en los misterios que usted oculta tan bien: conozco esos misterios, a pesar de usted; un sentido, a veces, puede suplir a otro; a pesar de su más celosa vigilancia, se escapan, incluso en el corpiño mejor ajustado, algunos ligeros intersticios por los cuales la vista suple al efecto del tacto. El ojo ávido y temerario se insinúa impunemente bajo las flores de un ramo, merodea entre la felpilla y la gasa, y deja sentir como si fuese el tacto la elástica resistencia que la tímida mano no osaría comprobar.

Parte appar delle mamme acerba

e crude:

Parte altrui ne ricopre invida vesta.

Invida ma s'agli occhi il varco chiude,

L'amoroso pensier gia non arresta.³

Noté también un gran defecto en el vestido de las valaisanas, y es que la parte de arriba del mismo, por detrás, es tan elevada que parece que tengan joroba; eso les da un aspecto muy singular, con sus pequeñas

3 "Su acerbo y duro seno se deja entrever: un vestido celoso guarda en vano la mayor parte; el amoroso deseo, más horadante aún que el ojo, penetra a través de todos los obstáculos."

cofias negras y el resto de sus adornos, llenos a su vez de sencillez y de elegancia. Le llevo un traje completo de valaisana y espero que le siente bien; ha sido confeccionado sobre la talla más bonita de la región.

Mientras recorría con arrobamiento estos lugares tan poco conocidos y tan dignos de ser admirados, ¿qué hacía usted entre tanto, mi adorada Julia? ¿Acaso su amigo la olvidaba? ¡Mi Julia, olvidada! ¿No me olvidaría yo antes de mí mismo? ¿Podría estar ni un instante solo, yo, que vivo por usted? Nunca pude comprobar, mejor que ahora, con qué instinto sitúo en diferentes lugares nuestra existencia, según mi estado de ánimo. Cuando estoy triste me refugio en usted, busco el consuelo en los lugares en donde usted está: eso sentí al dejarla. Cuando estoy contento, no puedo disfrutar solo, y para compartir mi alegría la llamo para que venga aquí, adonde yo estoy. Eso me ha ocurrido en todas estas caminatas, en las que, a pesar de la variedad de objetos que me incitaban a reflexionar constantemente, usted siempre estaba conmigo. No daba un paso que no diéramos juntos, no admiraba un paisaje sin apresurarme a mostrárselo. Todos los árboles que encontraba le prestaban su sombra, todos los prados, su reposo. Sentado a su lado, le ayudaba a recorrer su mirada por el paisaje, o arrodillado ante usted contemplaba en sus ojos, la más digna mirada de un hombre sensible. ¿Encontraba un paso difícil? La veía franquearlo con la ligereza de un cervatillo que salta hacia su madre. ¿Había que atravesar un torrente? Me atrevía a estrechar entre mis brazos tan dulce carga, y cruzaba el torrente despacio, con deleite, lamentando ya la llegada a la orilla. Todo me hacía recordarla en esta apacible estancia; el atractivo encanto de la naturaleza, la inalterable pureza del aire, las costumbres sencillas de los habitantes y su equilibrada y segura sabiduría; el amable pudor del sexo y sus inocentes gracias, todo lo que estimulaba agradablemente mis ojos y mi corazón, me recordaba a la que mis ojos y mi corazón no dejan de buscar.

¡Oh, Julia adorada!, me decía con ternura, ¡por qué no podríamos pasar juntos unos días, en estos ignotos lugares, felices con nuestra dicha y lejos de la mirada de los hombres! ¡No podría trasladar toda mi alma a la tuya, y ser también, para ti, todo el universo! ¡Belleza adorada!, gozarías entonces del homenaje que mereces. ¡Delicias del amor!, entonces nuestros corazones las degustarían sin cesar. Una larga y dulce embriaguez nos dejaría ignorar el paso del tiempo, y cuando al fin la edad hubiese calmado nuestros primeros ardores, la costumbre de pensar y de sentir juntos dejaría paso a una no más tierna amistad. Todos los buenos sentimientos, alimentados en la juventud con el amor, llenarían un día el inmenso vacío; en el seno de este pueblo feliz, y siguiendo su ejemplo, cumpliríamos con todos los deberes que nos exige la humanidad: nos uniríamos siempre para hacer el bien, y no moriríamos sin haber vivido.

El correo llega; tengo que terminar la carta y correr a recibir la suya. ¡Cómo me late el corazón hasta que llegue ese momento! ¡Ay!, era feliz en mis quimeras: mi felicidad huye con ellas; ¿qué será de mí, en realidad?

CARTA XXIV, A JULIA

Respondo de inmediato al apartado de su carta concerniente al pago, y no tengo, gracias a Dios, nada que reflexionar sobre ello. Éste es, mi querida Julia, mi sentimiento al respecto.

Distingo en lo que se llama honor el que se tiene a través de la opinión pública del que se deriva de la estimación propia. El primero consiste en vanos prejuicios más volubles que una ola agitada; el segundo tiene su base en las verdades eternas de la moral. El honor del mundo puede ser ventajoso para la fortuna; pero no penetra en absoluto en el alma, y no influye nada en la verdadera felicidad. El honor verdadero, por el contrario, es la esencia misma de ella, porque en él se encuentra el sentimiento permanente de sa-

tisfacción interior que es el único que puede hacer feliz a un ser pensante. Apliquemos, Julia, estos principios a su cuestión: enseñada la veremos resuelta.

Que me erija en maestro de filosofía y tome dinero, como el loco de la fábula por enseñar la sabiduría, este empleo parecerá rastrero a los ojos del mundo y confieso que hay algo de ridículo en ello: sin embargo, como ningún hombre puede subsistir por sí mismo, y que lo que más cerca tiene es su trabajo, pondremos ese desprecio de los hombres en el rango de los prejuicios más peligrosos; no cometeremos la tontería de sacrificar la felicidad en aras de esta opinión sin sentido; usted no me estimaría menos por ello y yo no sería más digno de compasión si vivo del talento que yo he cultivado.

Pero aquí, mi querida Julia, tenemos otras consideraciones que hacer. Dejemos a la gente, y mirémonos a nosotros mismos. ¿Qué seré yo realmente para su padre recibiendo de él un salario por las lecciones impartidas a usted, y vendiéndole una parte de mi tiempo, es decir, de mi persona? Un mercenario, un hombre a sueldo, una especie de criado; y él me tendrá como garante de su confianza, y como seguridad de lo que le pertenece, mi fe tácita, como la del último de su servidumbre.

Ahora bien, ¿qué bien máspreciado puede tener un padre que el de su hija única, aunque fuera otra diferente que Julia? ¿Qué hará el que le vende sus servicios? ¿Hará callar sus sentimientos por ella? ¡Ah! ¿Crees que se puede! O bien, entregándose sin escrúpulo a las inclinaciones de su corazón, ofenderá en lo más sensible a quien debe fidelidad. Entonces, no veo en este maestro más que a un pérfido que pisotea los derechos más sagrados⁴, un traidor, un seductor doméstico a quien las leyes condenan, muy justamente, a la muerte.

Espero que sepa entenderme: no es la muerte lo que temo, sino la vergüenza de merecerla y el desprecio de mí mismo.

Cuando las cartas de Abelardo y Eloísa cayeron en sus manos, usted sabe lo que dije de esa lectura y de la conducta del teólogo. Siempre compadecí a Eloísa: tenía un corazón hecho para amar; pero Abelardo me pareció siempre un miserable digno de su suerte y desconocedor tanto de la virtud como del amor. Después de haberle juzgado así, ¿tendré que imitarle? ¡Desgraciado aquel que predica una moral que no quiere practicar! El que se ciega por la pasión hasta ese punto pronto es castigado por ella, y pierde el gusto por los sentimientos a los que ha sacrificado su honor. El amor se ve privado del mejor de sus encantos cuando la honestidad le abandona; para sentir todo lo que el amor vale, el corazón debe complacerse en él, y elevarnos, elevando al objeto amado. Quite la idea de perfección, también desaparecerá el entusiasmo; quite la estima, el amor no será nada. ¿Cómo una mujer podría amar a un hombre que se deshonorra? ¿Cómo podría adorar él mismo a aquella que no teme entregarse a un vil seductor? Así pronto los dos se despreciarán mutuamente. El amor, ese sentimiento celestial, ya no será para ellos sino un vergonzoso comercio. Habrán perdido el honor, y no podrán hallar la felicidad.

No es así, mi querida Julia, entre dos amantes de la misma edad, los dos abrasados por el mismo fuego, a quienes un mutuo afecto une, entre quienes ningún lazo

4 Desgraciado joven, que, dejándose pagar con agradecimiento lo que rehúsa recibir en dinero, viola derechos más sagrados aún! En lugar de instruir, corrompe; en lugar de alimentar, envenena; se deja dar las gracias de parte de una madre que no sabe que ha perdido a su hija. Sin embargo, se nota que ama la virtud, pero es su pasión la que le pierde; y si no le disculpara su extremada juventud, con sus hermosos discursos, no sería más que un criminal. Los dos amantes son dignos de compasión; sólo la madre es inexcusable. [Nota de Rousseau]



particular se interpone, que gozan los dos de su primera libertad y cuyo compromiso recíproco no está proscrito por ninguna ley. Las leyes más severas no pueden imponer otra pena que el mismo coste de su amor; el único castigo por amarse es seguir amándose para siempre; y si hay algún desgraciado lu-

gar en el mundo en el que el hombre bárbaro rompa esas inocentes cadenas, será castigado, sin duda, por los crímenes que esta coacción engendra.

Éstas son mis razones, mi prudente y virtuosa Julia; no son más que un frío comentario de las que me expuso con tanta

energía y viveza en una de sus cartas; pero son suficientes para mostrarle cómo me han afectado. Recordará que no insistí en el rechazo, y que, a pesar de la repugnancia que el prejuicio me dejaba, acepté su donación en silencio, no encontrando, en efecto, en el verdadero honor una sólida razón para rehusarlo. Pero ahora el deber, la razón, incluso el amor, todo me habla en un tono que no puedo dejar de oír. Si hay que escoger entre el honor y usted, mi corazón está dispuesto a perderla: la amo demasiado, ¡oh, Julia! para conservarla a ese precio.

CARTA XXV, DE JULIA

La relación de su viaje es encantadora, mi buen amigo; amaría a quien la ha escrito, aunque no le conociera. Tengo que reprenderle, sin embargo, por el pasaje que usted muy bien sabe, aunque no he podido dejar de reír por la astucia utilizada, resguardándose en Tasso como detrás de una muralla. Pero bueno, ¿cómo no ve la diferencia entre escribir para un público y escribir a su amante? El amor, tan tímido, tan escrupuloso como es, ¿exige más consideraciones que la decencia? ¿Puede usted ignorar que ese estilo no es de mi gusto o es que busca desagradarme? En fin, ya es suficiente sobre este tema que ni siquiera era necesario mencionar. Por otra parte, estoy muy ocupada contestando a su segunda carta como para responder con detalle a la primera: así pues, amigo mío, dejemos el Valais para otra ocasión y limitémonos ahora a nuestros asuntos, que con ellos ya tenemos bastante. Sabía el partido que usted tomaría. Nos conocemos demasiado bien para no saberlo. Si alguna vez la virtud nos abandona, no será, créame, en las ocasiones en las que se nos exija valor y sacrificio.

Cuando los ataques son muy fuertes, la primera reacción es resistir; venceremos, espero, en tanto en cuanto el enemigo nos avise para tomar las armas. Es en medio de un sueño, en el dulce seno del descanso

cuando hay que desconfiar de las sorpresas; pero es sobre todo la continuidad de los males lo que hace su peso insoportable: el alma resiste con más facilidad al fuerte dolor que a la tristeza prolongada. Ésa es, amigo mío, la clase de combate que tendremos que mantener a partir de ahora: no son acciones heroicas lo que el deber exige, sino una resistencia más heroica aún de penas sin tregua. Ya se lo había advertido: el tiempo de felicidad pasó como un rayo; el de las desgracias comienza, sin que nada me ayude a juzgar cuándo acabará. Todo me alarma y me descorazona; una lasitud mortal se ampara de mi ánimo; sin razón clara para llorar, un llanto involuntario aflora a mis ojos. No veo en el futuro males inevitables, pero cultivaba una esperanza y la veo marchitarse cada día. ¿De qué sirve, ¡ay!, regar las hojas si el árbol está cortado por el pie? Siento, amigo mío, que el peso de la ausencia me hunde. No puedo vivir sin ti, no puedo: es lo que más me asusta. Recorro cien veces al día los lugares que recorrimos juntos, y nunca te encuentro; te espero a la hora de siempre, el tiempo pasa, y tú no estás. Todos los objetos que veo me traen algún recuerdo de tu presencia para decirme que te he perdido. Tú no tienes ese espantoso suplicio. Sólo tu corazón me echa de menos. ¡Ah! ¡Si supieras qué tormento es para el que se queda, cuando dos se separan! Preferirías, sin duda, tu situación a la mía. Aun si pudiera quejarme, si pudiera hablar de mis penas, me sentiría aliviada. Pero, aparte de algunos suspiros exhalados en secreto en el regazo de mi prima, tengo que ahogar el resto de mi dolor, tengo que contener las lágrimas, tengo que sonreír mientras me estoy muriendo.

*Sentirsi, o Dei, morir
E non poter mai dir:
Morir me sento!*⁵

5 “¡Oh Dios, sentirse morir y no poder nunca decir: me estoy muriendo!”

Lo peor es que todos mis males aumentan sin cesar mi gran mal, y que cuanto más me desoía tu recuerdo, más me gusta recordarte. Dime, amigo mío, mi más dulce amigo; ¡si supieras cuán tierno es un corazón que se consume y de cuánta tristeza se nutre el amor!

Quisiera hablarle de mil cosas, pero además de que es mejor esperar a saber con certeza su paradero, no puedo continuar esta carta en el estado en el que me encuentro. Adiós, amigo mío; dejo la pluma, pero, créame, no le dejo a usted.

ESQUELA

Escribo a través de un barquero a quien no conozco a la dirección de siempre, para avisar que he escogido mi asilo en Meillerie, en la orilla opuesta, a fin de gozar con la vista, al menos, del lugar al que no puedo acercarme.

CARTA XXVI, A JULIA

¡Cuánto ha cambiado mi estado de ánimo en pocos días! ¡Cuánta amargura se mezcla a la dulzura de acercarme a usted! ¡Qué de tristes reflexiones me asedian! ¡Cuántos contratiempos parecen indicarme mis temores! ¡Oh, Julia! ¡Qué fatal regalo del cielo es un alma sensible! Quien la haya recibido, no puede esperar más que dolor y penas sobre la tierra. Vil juguete del aire, del tiempo, del sol o de las brumas; la tempestad o la calma decidirá su destino, y estará contento o triste al albur de los vientos. Víctima de los prejuicios, encontrará en máximas absurdas un obstáculo invencible a los justos anhelos de su corazón. Los hombres le castigarán por tener sentimientos justos de cada cosa, y por juzgar más a partir de la verdad que a partir de las convenciones. Se bastará a sí mismo para forjar su propia miseria, entregándose sin discreción a los excelsos atractivos de lo honesto y de lo bello, mientras que las pesadas cadenas de la necesidad le atan a la ignominia. Buscará la felicidad suprema sin

recordar que es sólo un hombre: su corazón y su razón estarán sin cesar en guerra, y deseos sin límite le proporcionarán eternas privaciones.

Tal es la cruel situación en la que me sumerge el destino que me abrumba y los sentimientos que me elevan, y tu padre que me desprecia, y tú que eres la delicia y el tormento de mi vida. Sin ti, belleza fatal, jamás hubiera sentido ese contraste insoportable de grandeza en el fondo de mi corazón y de bajeza en mi fortuna; hubiera vivido tranquilo, hubiera muerto contento, sin darme cuenta del rango que había ocupado en la tierra. Pero, ¡haberte visto y no haberte poseído, adorarte y no ser sino un hombre, ser amado y no poder ser feliz, habitar los mismos lugares y no poder vivir juntos!... ¡Oh, Julia, a quien no puedo renunciar! ¡Oh, destino al que no puedo vencer! ¡Qué espantosas luchas se debaten en mí, sin que pueda sobreponerme a mis deseos, ni a mi impotencia! ¡Qué raro e inconcebible efecto! Desde que estoy más cerca de usted, mi mente no maquina más que funestos pensamientos. Tal vez el lugar en el que me encuentro contribuye a esta melancolía: es triste y horrible. Pero siendo equiparable a mi estado de ánimo, no sabría vivir en paz en otro lugar más confortable. Una fila de rocas estériles bordea la costa y rodea la casa, que el invierno convierte en aún más espantosa. ¡Ah!, lo sé, Julia adorada, si tuviera que renunciar a usted no habría ni otro lugar más indicado ni otra estación más propicia.

En los violentos impulsos que me agitan, no sé permanecer quieto: corro, subo con ardor, me lanzo hacia las rocas, recorro a zancadas todos los alrededores y sólo encuentro en todo cuanto veo el mismo horror que reina dentro de mi corazón.

No se ve vegetación, la hierba está amarilla y marchita, los árboles desnudos, el *sécharde*⁶ y el cierzo helado amontonan la nie-

6 Viento del nordeste. [Nota de Rousseau]

ve y el hielo; y toda la naturaleza se muere en mis ojos, como se está muriendo la esperanza en mi corazón.

Entre las rocas de esta costa encontré en un refugio solitario una pequeña explanada desde donde se vislumbra la feliz ciudad en donde usted vive. Juzgue con qué avidez mis ojos me llevan hacia este querido lugar. El primer día hice mil esfuerzos para discernir su morada, pero la extremada lejanía les hizo vanos, y comprendí que mi imaginación engañaba a mis ojos cansados. Corrí a casa del párroco a pedir prestado su telescopio con el que vi o creí ver su casa; y desde entonces paso días enteros en este cobijo contemplando los felices muros que encierran la fuente de mi vida. A pesar del invierno, voy allí desde la mañana y no vuelvo hasta la noche. Con hojas y ramas secas hago un fuego que, junto a las carreras y el ejercicio me preservan del frío excesivo. Le he cogido tanto gusto a este lugar salvaje que llevo conmigo tinta y papel, y le estoy escribiendo ahora esta carta sobre un trozo de roca desgajada de un macizo próximo a causa del hielo.

Aquí es, mi adorada Julia, donde tu desgraciado amante goza de los quizá últimos placeres que le quedan en el mundo. Aquí es desde donde, atravesando el viento y los muros, osa en secreto penetrar hasta tu habitación. Tu imagen adorada, tu tierna mirada reanima su corazón desfallecido; oye el sonido de tu dulce voz, osa aún encontrar en tus brazos el mismo delirio que encontró en el bosquecillo. ¡Vano fantasma de un alma agitada que se pierde en sus deseos! Obligado pronto a volver en sí, te contemplo incluso en el detalle de tu inocente vida: sigo de lejos las diversas ocupaciones del día, y me las imagino en el tiempo y en el lugar donde alguna vez fui testigo. Siempre te veo en ocupaciones que te hacen más estimable, y mi corazón se enternece con delicia de la inagotable bondad del tuyo. Ahora, me digo por la mañana, sale de su apacible sueño, su tez tiene el frescor

de la rosa, su espíritu goza de una dulce paz; ofrece a la que le dio el ser un día que no será inútil para la virtud. Ahora pasa a ver a su madre: los tiernos afectos de su corazón se expanden con los autores de sus días; les ayuda en pequeñas ocupaciones domésticas; quizá pone paz entre algún criado imprudente; le hace quizá alguna exhortación en secreto; quizá pide un favor para otro. En otro momento se ocupa, sin problemas, de los trabajos propios de su sexo; adorna su alma de conocimientos útiles; añade a su exquisito gusto los ornamentos de las bellas artes, y los de la danza a su ligereza natural. A veces adorna su vestido con encantos de los que no tendría necesidad; otras, la veo consultar con un venerable pastor sobre los sufrimientos ignorados de una familia indigente; allí socorre o consuela a una triste viuda y huérfanos abandonados. A veces, se entusiasma en una honesta reunión de sociedad con sus palabras sensatas y modestas; o bien, riendo con sus amigas, aporta el tono de prudencia y de buenas costumbres a una juventud alocada. ¡Qué momentos! ¡Ah!, perdón; me atrevo incluso a verte ocupándote de mi: veo cómo recorren mis cartas tus enternecidos ojos; leo, en una dulce lasitud, cómo es a mí, a tu afortunado amante al que escribes; veo que es de él de quien hablas a tu prima con tierna emoción. ¡Oh, Julia!, ¿y no estaremos nunca unidos?, ¿y nuestros días no discurrirán juntos? No, ¡que nunca esta espantosa idea pase por mi mente! En un instante cambia toda mi ternura en furia, la rabia me hace correr de caverna en caverna; se me escapan sin querer gritos y gemidos; rujo como una leona herida; soy capaz de todo salvo de renunciar a ti; y no hay nada, nada, que no haga sino para poseerte o morir.

Estaba escribiendo esta carta y esperaba una ocasión segura para enviársela, cuando recibí de Sion la última que usted me envió allí. ¡Cómo su tristeza ha dulcificado la mía! ¡Qué claro ejemplo he visto de lo que usted me decía sobre la consonancia de nues-



tras almas desde lugares lejanos! Su aflicción, lo confieso, es más paciente; la mía, más airada: pero es justo que el mismo sentimiento se impregne del carácter de quien lo siente, y es natural que mayores pérdidas causen mayores males. ¿Qué digo, pérdidas? ¡Ah, quién podría soportarlas! No, sépalo al fin, mi querida Julia, un eterno decreto del cielo nos destinó al uno para el otro; es la primera ley a la que hay que escuchar, es la primera obligación de la vida, la de unirse a aquella vida que nos haga más dulce la nuestra. Lo veo así, y me lamento por ello, tú te pierdes en vanos proyectos, quieres forzar barreras infranqueables, y olvidas los únicos medios posibles; el entusiasmo por la honestidad te quita el raciocinio, y tu virtud no es más que un delirio.

¡Ah! Si pudieras permanecer joven y brillante como hasta ahora, no pediría al cielo más que saberte eternamente feliz, verte cada año de mi vida, una única vez, y pasar el resto de mis días contemplando de lejos tu asilo, adorándote desde estas rocas. Pero, ¡ay! mira la rapidez de este astro que no se detiene nunca, vuela, y el tiempo pasa raudo, la ocasión se nos escapa: tu belleza, tu belleza, incluso, tendrá su fin; declinará, perecerá un día como una flor que cae sin haber sido cortada; y yo, sin embargo, estoy gimiendo, estoy sufriendo, mi juventud se desgasta en lágrimas, y se marchita en el dolor. Piensa, piensa, Julia, que hemos perdido ya años de placer. Piensa que esos años no volverán; y así será para los que nos quedan si ahora los dejamos escapar. ¡Oh, amante ciega! Buscas una quimérica felicidad para un tiempo en el que ya no estaremos; ves un porvenir lejano, y no ves que nos consumimos en el presente, y que nuestras almas, agotadas de amor y dolor, se funden y fluyen como el agua. Vuelve, aún estás a tiempo, vuelve, Julia mía, de este funesto error. Deja allí tus proyectos y sé feliz. Ven, ¡oh, alma mía!, a los brazos de tu amigo y reunamos así las dos mitades de nuestro ser; ven, a la cara del cielo, guía de nuestra huida y testigo de nuestro jura-

mento, ven a jurar vivir y morir el uno para el otro. Sé que no es a ti a quien tengo que convencer contra el miedo a la indigencia. Seamos felices y pobres, ¡ah!, ¡qué gran tesoro tendríamos! Pero no hagamos esta afrenta a la humanidad: la creencia de que no hay en toda la tierra un cobijo para dos infortunados amantes. Tengo brazos, soy robusto; el pan ganado con mi trabajo te parecerá más delicioso que los manjares de un festín. Una comida aliñada con el amor, ¿puede ser insípida?

¡Oh, tierna y querida amante!, aunque sólo fuésemos felices un día, ¿prefieres dejar esta corta vida sin haber probado la felicidad?

Sólo me queda una palabra por decir, ¡oh Julia! conoces el antiguo uso de la roca de Leucate, último refugio de tantos amantes desgraciados. Este lugar se le parece en muchos aspectos: la roca es escarpada, el agua profunda, y yo estoy al borde de esta roca... y al borde de la desesperación.

CARTA XXVII, DE CLARA

Apenas el dolor me deja fuerzas para escribirle. Su desgracia y la mía son inmensas. La dulce Julia está muy enferma y quizá le queden dos días de vida. El esfuerzo que hizo para enviarle lejos de ella comenzó a alterar su salud; la primera conversación que tuvo con su padre sobre usted la llevó a nuevos ataques: otros disgustos más recientes han acrecentado su malestar, y la última carta que de usted recibió hizo el resto. Su emoción fue tan grande que después de pasar la noche en espantosa agitación, cayó ayer en un acceso de fiebre ardiente que ha ido en aumento, y la ha llevado al delirio. En este estado le llama a cada instante, y habla de usted con tal vehemencia que demuestra hasta qué punto usted le preocupa. Mantémoslo alejado a su padre todo lo posible, por lo que intuyo que mi tía empieza a sospechar: incluso me pregunta si no va a volver usted; y veo que el peligro de perder a su hija, borrada

cualquier otra consideración, le lleva a pensar que preferiría verle a usted aquí. Venga, pues, sin tardar. Tome el barco que expresamente le ha llevado esta carta: está a su servicio, puede venir en él. Y sobre todo, no pierda un momento si quiere volver a ver a la más tierna amante que jamás existió.

**CARTA XXVIII,
DE JULIA A CLARA**

¡Qué amarga es en tu ausencia la vida que me devolviste! ¡Qué convalecencia! Una pasión más terrible que la fiebre y el delirio me arrastra y me pierde. ¡Cruel!, me abandonas cuando más te necesito; te vas para ocho días, quizá no vuelvas a verme nunca. ¡Oh, si supieras lo que el insensato osa proponerme...! ¡Y en qué tono! ¡Huir!, ¡ir con él!, ¡raptarme! ¡Desdichado!... Pero, ¿de quién me estoy quejando? Mi corazón, mi indigno corazón me impulsa a mucho más... ¡Gran Dios!, ¿qué sucedería si supiera todo?... Se pondría furioso, me llevaría, tendría que marchar... Estoy temblando...

¡Finalmente mi padre me ha vendido! ¡Hace de su hija una mercancía, una esclava! ¡Paga a mis expensas! ¡Paga su vida con la mía!... Porque... lo presiento, no podré sobrevivir. ¡Padre bárbaro y desnaturalizado! Merece... ¡cómo!, ¿merecer? Es el mejor de los padres: quiere unir a su hija con el amigo que le salvó la vida hace años en la guerra, ése es su crimen. Pero mi madre, ¡mi tierna madre!, ¿qué mal me ha hecho?... ¡Ah!, mucho: me ha amado demasiado, me ha perdido; ése es todo su error.

Clara, ¿qué voy a hacer?, ¿qué será de mí? Hanz no viene. No sé cómo enviarte esta carta. Antes de que la recibas, antes de que estés de vuelta... ¿quién sabe? Fugitiva, errante, deshonrada... Ya está, ya está, la crisis ha llegado. Un día, una hora, un momento quizás... ¿quién sabe evitar su destino? ¡Oh!, donde quiera que viva o que muera, en algún oscuro refugio hasta donde arrastre la vergüenza y el deshonor, Clara, acuérdate de tu

amiga... ¡ay de mí!, la miseria y el oprobio hacen cambiar los corazones... Pero, si alguna vez el mío te olvida... ¡habrá cambiado demasiado!

**CARTA XXIX,
DE JULIA A CLARA**

¡Quédate!, ¡va!, quédate, no vuelvas nunca: sería demasiado tarde. No debo verte nunca más; ¿cómo podría sostener tu mirada? ¿Dónde estabas, mi dulce amiga, mi salvaguarda, mi ángel tutelar? Me abandonaste... y perecí. ¿Qué? ¿tan necesario era ese fatal viaje? ¿tenías que dejarme sola en el instante más peligroso de mi vida? ¡Qué disculpas preparas de tu culpable negligencia! Serán tan eternas como mi llanto. Tu pérdida no es menos irreparable que la mía: reponer a una amiga digna de ti no es más fácil que reparar mi inocencia.

¿Qué he dicho? ¡Miserable! No puedo ni hablar ni estar callada; ¿y de qué sirve el silencio cuando el remordimiento grita? ¿El universo entero no me reprocha mi falta? Mi vergüenza, ¿no está escrita en todas las cosas? Si no desahogo mi corazón en el tuyo, tendré que ahogarme. Y tú, ¿no te reprochas nada, tú, amiga demasiado fácil y demasiado confiada? ¡Ah!, ¿no me estabas traicionando? Es tu fidelidad, tu amistad ciega, tu demasiada indulgencia lo que me ha perdido.

¿Qué demonio te inspiró llamar a ese cruel, que es mi oprobio? ¿Sus pérfidos cuidados debían darme la vida para hacérmela odiosa? ¡Que huya para siempre, el bárbaro!; que tenga un poco de piedad; que no vuelva a redoblar mi tormento con su presencia; que renuncie al feroz placer de contemplar mis lágrimas. ¿Qué estoy diciendo?, ¡ay de mí!, él no es el culpable; yo sola lo soy; todas las desgracias son obra mía, y no tengo que reprochar nada a nadie, sino a mí. Pero el vicio ha corrompido ya mi alma; el primero de sus efectos es ése: acusar al prójimo de nuestros crímenes.

No, no, él jamás fue capaz de infringir sus promesas, su virtuoso corazón ignora el arte abyecto de ultrajar a quien ama, ¡ah!, sin duda sabe amar mejor que yo, puesto que sabe

dominarse mejor. Cien veces mis ojos fueron testigos de su lucha y de su victoria; los suyos brillaban con el fuego de sus deseos, venía hacia mí con el ímpetu de la ciega pasión y de repente se detenía; una barrera infranqueable parecía rodearme, y jamás su impetuoso pero honesto amor la hubiera franqueado. Me atreví demasiadas veces a contemplar ese peligroso espectáculo. Sentía que sus impulsos me turbaban, que sus suspiros acongojaban mi corazón; compartía su tormento y le compadecía por su suerte. Le vi en convulsivas agitaciones, casi a punto de desvanecerse a mis pies. ¡Ah!, prima, quizá el amor sólo me hubiera protegido, pero la piedad me perdió.

Parece como si mi funesta pasión, para seducirme, quisiera cubrirse con la máscara de todas las virtudes. Ese mismo día me había insistido con más ardor para que huyese con él. Pero eso era afligir al mejor de los padres; era clavar un puñal en el seno materno. Resistí, rechacé con horror el proyecto. La imposibilidad de ver nuestros deseos cumplidos, el silencio que yo misma debía imponerme sobre esa imposibilidad,

el pesar por tener engañado a un amante tan sumiso y tan tierno después de haber fomentado su esperanza, todo hacía abatir mi fortaleza, todo aumentaba mi debilidad, todo alienaba mi razón; había que causar la muerte a los autores de mis días, a mi amante, o a mí misma. Sin saber bien lo que hacía, escogí mi propio infortunio; olvidé todo, y sólo recordé el amor: así es como un instante de extravío me ha perdido para siempre. He caído en el abismo de la ignominia, de donde una joven no puede salir; y si vivo, será para ser desgraciada.

Busco apesadumbrada algún resto de consuelo en la tierra y sólo te encuentro a ti, mi querida amiga. No me prives de un tan tierno recurso, prométemelo; no me quites la dulzura de la amistad. Perdí el derecho a pretenderlo, pero nunca lo necesité tanto. Que la piedad supla a la estima. Ven, querida mía, ven a abrir tu alma a mis quejas; ven a recoger las lágrimas de tu amiga; protégeme, si es posible, del desprecio de mí misma, y déjame creer que no todo lo he perdido, puesto que tengo tu corazón. ❖

